

Introducción.

El día que me vino al mundo el pensamiento de hacer una obra de mi vida. La misma me he podido encontrar en casa que me viene por una que la inclinan y una de las preguntas las importantes así como las historias. A veces me parece que he de no olvidar jamás mis principios y deberes para mantener en los sucesos presentes y en el futuro los deberes. Una me tiene no me viene a la espina de la ciudad, que nos acerca de nuestra propia época para dirigidos a las realidades en que encontramos una parte que en las cosas de importancia. Una vez más aparece de verdad de comprender con otros cosas que no están en el más depreciable estado en el mundo del gran mundo. Lo que me viene a afirmar me que la patria es la que más alta de la verdad, pero me como bien. No he sabido cultivar aquellas familias de virtud que se dan en todos la naturaleza; he hecho un mundo de la tierra, lo que ha sido aquel preciso que me sea pura la que tiene la vida que me inclina; el que que es cierto y me he sentido ya a sus mismas virtudes. Puede ser la historia, mi misma historia que es la que

LEGAJO 1.

APUNTE 1.

Nacimiento.

Año de 1763.

San Felipe Ixtacuiztla, pueblo situado en las cercanías de la falda de los Volcanes de México, en términos de la Provincia de Tlaxcala, antes opulento y hoy casi arruinado, fué mi cuna. Mi familia era una de las de viso de aquella comarca; pero de esto, como de lo demás, que mis gentes y los que piensan como ellas llaman timbres y blasones, jamás he hecho aprecio, y no quiero ni acordarme.

A quien estime la nobleza adquirida sobre la heredada, le basta un nacimiento que no le embarace el giro de su carrera: tal me lo concedió el Cielo. Pero me hizo otro beneficio, que no debe pasarse en silencio, y que jamás traigo á la memoria sin ternura y sin confusión al mismo tiempo, porque no he sabido corresponderlo.

Contaban ya mis padres cerca de un año de casados, sin haber logrado el fruto del matrimonio que deseaban con ansia, y lo que es más, no se descubría señal que apoyase la esperanza de tenerlo en lo sucesivo. Esta circunstancia, desazonó al uno del otro mutuamente; casi les pesó del nudo con que se habían enlazado, y desapareció de entre ellos la paz, remplazando su lugar las desavenencias y discordias.

Por fin, de comun acuerdo, resolvieron hacer romería á un Santuario distante dos leguas de su Pueblo, llamado San Miguel del Milagro. Se mantuvieron en el nueve días, implorando por la intercesión del Sto. Arcángel un hijo, y no se separaron de allí, sin experimentar mi madre los primeros anuncios de haber concebido. A los nueve meses me dió á luz, en 26 de Diciembre de 1763, á las ocho de la noche,

quando se tocaban las ánimas, para que naciere entre plegarias quien se habia concebido entre súplicas.

El suceso de mi concepcion estimulaba á mi madre á que se me pusiese el nombre de Miguel; pero mi padre habia resuelto de antemano poner á todos sus hijos el de José. Se tomó el medio de llamarme *José Miguel*, añadiendo los nombres del Santo del dia de mi nacimiento y otros de su devocion.

Se padeció mucho con las nodrizas ó chichiguas, porque ó eran malas, ó lo era su leche, ó quando no, era rogar á ruines el contemplarlas. Por otra parte, mi madre, por su constitucion endeble, no podia criarme á juicio de los facultativos, y como desde los principios resolvió no hacerlo, no me daba de mamar, con lo que en breve se le secó la leche, estrechándola la necesidad á alimentarme con la leche de vacas, quando absolutamente faltó chichigua, que fué la mayor parte de mi lactancia.

APUNTE 2.

Niñez.

Pasé la mayor parte de mi infancia en mi lugar, interpolándola con algun tiempo que vivieron mis padres en el Pueblo cercano de Sn. Martin Tezmeluca. Me despertó el conocimiento más temprano de lo regular, lo que proporcionó, que en una edad muy tierna, recitara yo las oraciones de la doctrina christiana que me enseñaba cuidadosamente mi madre, y algunos trozos de relaciones y romances en que me instruían otras gentes, por la gracia que les hacia oirlas de mi boca.

El crecido número de discipulos, que frequentaban la escuela en que me pusieron á leer, no permitía al Maestro tomar á todos las lecciones por sí mismo, partiendo esta ocupacion con varios decuriones. El que me tocó, no avisaba quando yo no la sabía, pero á cambio de estirones de orejas que me daba, previo el ajuste en que entrábamos sobre el número de ellos. En breve produjeron estos el efecto de en-

fermarne en tal grado, que estuve al perder una oreja. Expresé á mi padre el origen de mi achaque, y me sacó al punto de la escuela, llevando á casa de un tio mio pobre, para que me enseñara, á mi y al hermano que se me seguia. Nada aprovechamos á su lado. Nos contemplaba, á más de su genio nimiamente pacífico; por no perder las comodidades que disfrutaba en casa, y jamas nos dió un azote. Abusábamos de su bondad, y á la hora que se nos ponía en la cabeza, haciéndonos una seña, arrojábamos los libros y salíamos en fuerza de carrera de su cuarto, armando mucha mofa y algaravia, y él se quedaba regañando á las paredes.

Se añadía á esta insubordinacion el embeleso y perdedero de tiempo de una capilla que me hizo edificar mi padre, adornada de colaterales, campanarios y todos utensilios. No se hacia funcion en la Parroquia, que no celebrase yo tambien en mi capilla. Para las procesiones, no bastando á formarlas los muchachos que concurrían, hacia muñecos ó figurillas de cera, que pegadas en unos texamaniles, y conducido cada uno de estos por dos de mis compañeros, los paseábamos al rededor del patio con la mayor gravedad y circunspeccion.

Por aqui se vendrá en conocimiento de la mucha tarea que tenia y en que disipaba el tiempo, á vista de no omitir lo más difícil. El entretenimiento era tal, que me abstraia aún de las diversiones propias de aquella edad. Ni la pelota, ni el trompo, ni el papelote, ni los colorines, ni nada de este jaez jugué jamas. Y si emprendí una vez la maroma, movido de haber visto unos volalines que llegaron á mi lugar, me bajó mi madre de la cuerda á azotazos, con lo que perdí la gana de volver á subir á ella.

Empleado de este modo, y sin aprovechar en los primeros rudimentos, esto es, en leer y escribir, cumplí diez años, pero diez años cuyo recuerdo me exita la ternura más afectuosa. Los años primeros son el trozo más dulce de la vida, y aun sus sencillos entretenimientos, con ser en sí bagatelas, son más deliciosos que quantos disfrutamos despues. ¿Quando, por exemplo, el caballo mejor y más bien enfrenado dará el gusto que entónces un carrizo, metido entre las piernas para hacer con el quatro cabriolas? ¿Qué banquete, el más espléndido, sabrá lo que entónces un pedazo de pan, ó un poco de dulce ó fruta? ¿Ni quando los saraos y diversiones,

ni la posesion de las mayores riquezas, equivaldrán jamas al gozo del trompo ó del texo, ni á la satisfaccion de tener dos juguetes, ó un muñeco que cierre los ojos, ó levante un brazo tirándole de una cuerda?

¡Qué agradable sensacion la de aquellas inocentes recreaciones de la niñez, y aquellos primeros periodos de la existencia! ¡Porcion dichosa de la edad, sabrosos instantes de la vida, vosotros pasáis rápidamente; pero dexáis impresas para siempre vuestras huellas en la memoria!

APUNTE 3.

Carrera.

Año de 1774.

Mi padre habia resuelto dedicarme á la carrera de las letras, para la que me encontraba inclinacion, pero diversos contratiempos lo habian traído á pobreza, quando yo cumplí diez años. Careciendo pues, de proporciones para fomentarme en un Colegio y mirándome ya en una edad que juzgaba á propósito para comenzar los estudios, se presentó al Obispo de Puebla, que lo era entónces el Illmo. Sor. Dn. Victoriano López González, pidiéndole un lugar para mí en el Seminario Palafoxiano de aquella Ciudad, acreditado ya desde entónces por los muchos varones ilustres que ha producido.

Obtuvo la gracia que solicitaba, concediéndosele una plaza de porcionista de capa, con que comienzan ordinariamente los pobres, reservándoseles el honor de vestir la beca, que llaman de gracia ó de mérito, hasta que dan pruebas de su aprovechamiento y apoyan la esperanza de ser útiles algun día. Pero es de notar, que se hallaba á la sazón aquel prelado en el Santuario mismo en que fui concebido, y al que solia relirarme muchas veces. De este modo tubo su principio mi carrera en el mismo sitio en donde comenzó mi ser.

Gozoso en extremo, mi padre se regresó á casa, no pensando sino en los preparativos para mi marcha al Colegio. Mi Maestro tío, se opuso abiertamente, exponiendo que yo, no

sólo ignoraba las quantas, sino que me hallaba escribiendo de gordo, pues acababa de salir de lo que llaman palotes, á los que me puso sin saber leer, quando principiaba á decorar, con la mira de que me fuese instruyendo en uno y otro al mismo tiempo. De todo concluía, seria conveniente mantenerme todavía uno ó dos años leyendo y escribiendo.

Pero mi padre, á quien no era fácil sacarle de la cabeza lo que una vez se le habia entrado en ella, no se embarazó con las justas reflexiones del Maestro. «Yo nó lo quiero, dixo hablando de mí, para contador ni para escribiente, sino para estudiante, en cuyo destino poco importa que no sepa ni leer bien, pues en el mismo se exercitará en ello continuamente.» Lo más á que se pudo reducir fué á que me tuviesen á raya, leyendo día y noche por el espacio de cerca de dos meses, al cabo del cual me llevaron al Colegio.

Entré en él, como un tronco en bruto que se introduce á una oficina, y que para labrarlo es necesario tomar la obra muy desde los principios devastándola. Pero como yo no conocia mi infeliz situacion, no me afligia de ella. El arranque de mi casa, mi lugar y mis parientes; las lágrimas que vi derramar á mi madre; la ternura con que se despidieron de mí todas mis gentes, y el verme en una Ciudad desconocida, rodeado de extraños, fué lo que me llenó de amargura. A todos es indispensable este paso en qualquiera carrera que sigan, y el que jamas se separa del seno y regazo de los suyos, es el mayor trompo que puede baylarse.

APUNTE 4.

Travesuras y Gramatica.

El día que me presentó mi padre en el Colegio, fué una travesura considerable la primera accion que obré. Al punto que se apartó de mí y me dexó en el quarto, que me señalaron para habitacion, con los Colegiales que me tocaron de compañeros, al ver que uno de ellos lo atravesaba, se me vino á la memoria y puse en execucion el juego que los muchachos llaman *arranca cebolla*, reducido á echarse al suelo

y agarrar un pié al que vá andando, para que caiga. El porrazo fué tal, que faltó poco para que se quebrara la cara.

Los circunstantes, á pesar de no descubrir en el hecho malicia alguna, lo vieron como un presagio de lo travieso que sería yo en lo sucesivo. No se engañaron en sus pronósticos, pues quantos ratos me dexaba vacios la distribución y plan de estudios que allí se rige, otros tantos ocupaba en travesear. Andaba por lo mismo tan roto y desgarrado, que ni mi chupa tenía faldillas, ni nada de mi ropa figura, y aun la capa la dividí alrede en dos mitades, como S. Martin la suya, aunque que por un principio bien diverso.

Hacia maroma en los barándaes de los corredores, andándolos por la parte de afuera; bajaba de nalgas los de las escaleras y otras veces por sus gradas en una tabla encebada, que descendia como flecha. Corría como un gamo, saltaba como una cabra, brincaba como un benado, y en todo parecía tener la piel de Barrabás.

El descanso de en la noche era hacer el pato poniéndome en camisa. Dexaba la cabeza en el cuello de ella; pero metía las piernas en sus mangas, con lo que pegaba la cara á las rodillas, y extendiendo los brazos hácia atras, elevaba las faldas para figurar la cola, y así giraba por el cuarto. Otras veces, acostado boca arriba y levantadas las piernas, quemaba los pedos poniendo la vela cerca de su desembocadura.

La más rara de mis travesuras fué á la que dió origen cierta frialdad del vaso del que adolecia, por la qual me meaba dormido sin sentirlo. La vispera de partir á mis primeras vacaciones á mi lugar, en compañía de un pasante teólogo, á quien me tenia encargado mi padre, dormimos en casa de mi tutor. Nos pusieron las camas juntas, en el estrado de la sala; pero temiendo yo el efecto de mi enfermedad, de que me abergonzaba; para impedirlo arranqué un hilo de la colcha, y amarré bien el conducto por donde debía expeler la orina. Esta, á la mañana hacia vigoroso empuje para salir, estrechando por lo mismo más y más el nudo de la ligadura.

Hice mil tentativas para desatarlo, sudé, me affligí, y viendo no lo conseguía y que ya reventaba, lo abisé al compañero. El, hecho de lumbré, y más de fuerza que de gana, emprendió desatar aquel nudo gordiano; pero ántes de conseguirlo, como la hebra era de lana y los nudos no cesaban de instar por abrirse puerta redoblando sus esfuerzos, reventó aquella,

y un sucio asperges roció el rostro cercano del compañero en pago de su caridad. El se irritó, yo me avergonzé, la enfermedad burlándose de las medicinas no sanó sino con entrar en más edad, y las travesuras continuaron, siendo el origen de la mayor parte de los azotes que sufrí, que no fueron pocos durante mi aprendizaje.

Con todo, como era indispensable dedicar á las tareas del estudio la mayor porcion del dia, en fuerza del sabio método establecido por el Venerable Fundador de aquella casa, aproveché los tres años que gasté en la Gramática y Retórica, llevando en las clases los primeros lugares, quedando corriente por lo que respeta á leer, y adquiriendo una tal cual letra ó forma de escribir con el ejercicio de las composiciones y la correspondencia epistolar de mi casa.

Mi aprovechamiento provino de mis Maestros, á cuya memoria, que venero, haria injuria defraudándolos de este mérito, á que les soy acreedor. Su claridad, su eficacia, y su modo, fueron las fuentes de que dimanaron mis adelantos. Pero debe entenderse lo dicho de los Catedráticos de las tres primeras clases. El de cuarta, que llaman Mayores, y que poseía como los demas aquellas prendas magistrales no pudo ejercerlas sobre mí, por haber estado ausente casi todo el tiempo que cursé su aula, presidiendo esta un substituto. La causa fué haber ido á recibir el grado mayor de Teología y hecho oposicion á mi Canonicato. De aquí resultó, que nada aprovecharon los cursantes de su clase en aquel año, cuya Jesgracia me hubiera comprendido, si por mí solo no hubiese procurado instruirme en lo conducente á ella. Desde entonces parece que fué mi destino, como podrá observarse en lo de adelante, carecer del auxilio de Maestro, que tampoco cooperó para aprender escribir y á contar, ni aun para leer, á lo ménos con perfeccion.

APUNTE 5.

Suertes y primeros Amores.

En el último año de mi Gramática, y décimo tercio de mi edad, sin instruccion en las reglas y por sola imitacion, hice mis primeros versos castellanos, reducidos á unas décimas